

de dolor, de risa y llanto que invade el corazón, sin que le deje descansar un solo momento.

La menor acción del objeto amado, la mas lijera de sus palabras, cada movimiento y cada mirada suya, preocupa de una manera poderosa el corazón del que ama, que, inquieto y cuidadoso sigue con los ojos sus mas leves movimientos, dejando ver en su fisonomía, á cada impresion que recibe, los distintos afectos que le impresionan y dominan. Para él todo entraña un pensamiento de inestimable valor y digno de un escrupuloso exámen. Las miradas, la sonrisa, el mas leve movimiento de sus labios, las palabras mas sencillas, un gesto involuntario, todo lo recoge, todo lo guarda cuidadosamente. Su corazón es un amplio almacén de encontrados sentimientos, y su memoria el libro de caja con su *debe y haber*, donde toma razón detenidamente de los bienes y los males que disputan el dominio de su alma.

Leopoldo, que habia pasado las primeras horas de la mañana pesando la solidez de los

temores y la inestabilidad de las esperanzas, al ver que su amada colocaba del lado de éstas su pañuelo tornasolado, vió correr la balanza del lado favorable, y sintió que su corazón se abria á una vida de felicidad.

—Señores—dijo uno de los jóvenes—voy á poner á discusión un pensamiento que creo oportuno.

—Véamos cual.

Exclamaron casi todos á la vez.

—Que vayamos á dar una vuelta por las huertas, y que despues almorcemos en este delicioso sitio.

—Está á discusión.

Dijeron varios.

—Pido la palabra.

Gritó uno de los mas festivos dando un salto.

—Tiene la palabra el ciudadano A. B. C. D.

—Antonio Bermudez Castro Diaz tiene la palabra.

—Señores, le ha concedido la palabra al

señor A. B. C. D. nuestro amigo F. G. H. ó sea Francisco Gonzalez Hermosa.

—Pues yo, el ciudadano I. J. K. Ignacio Joaquin Kienast se la concedo tambien y pido que hable pronto.

—He pedido la palabra yo, A. B. C. D., no para combatir la feliz idea de mi digno amigo M. L. N., ó sea Leonardo Martinez Nuñez, sino para suplicar que el almuerzo se admita por unanimidad.

—Aprobado.

Gritaron todos.

—¿Hay algun ciudadano que tome la palabra en contra?

—Ninguno.

—Entonces que se digne acercarse el autor de la idea al dueño de la casa del Cabrío para tener la bondad de suplicarle nos disponga un almuerzo digno de las distinguidas personas con cuya compañía me honro.

El encargado de avisar penetró en la casa del Cabrío: suplicó dispusiesen el almuerzo que habian dispuesto, y á poco fué á reunirse con sus amigos diciendo:

—Señores, á las huertas: cada caballero dé el brazo á las señoras, y marchemos á gozar de los encantos de la naturaleza hasta la hora de almorzar.

Leopoldo, que estaba próximo á Clotilde, le ofreció el suyo, y la jóven se apoyó en él irradiando sus ojos de alegría.

Pocas veces habia disfrutado el jóven pintor de aquel placer.

Iba al lado de la mujer que amaba.

Sentia los latidos de su corazon tocar su brazo convulso de amor.

—¡Ah....! ¡cuán feliz soy ahora!

Exclamó con una emocion indefinible de amor al penetrar en la primer huerta á que se dirijieron.

—¿Y nunca me olvidarás?

Le dijo Clotilde enviándole una de esas miradas que encierran todas las delicias del cielo.

—¡Olvidarte....! Donde quiera que estés, aunque me separen de tí distancias infinitas, te encuentra mi corazon; porque mi pensamiento te sigue á todas partes; nos

tne como á un solo individuo, y confunde nuestras almas y nuestras voluntades.

—Te creo; te creo, Leopoldo.

—Desde donde quiera que esté mi espíritu vuela siempre á encontrarte; porque la fuerza del amor le arrastra hácia un centro de atraccion que eres tú sola. Soy tan dichoso con tu amor, que renunciar á él seria renunciar á la única felicidad de la tierra; al único bien que me resta en la desgracia á que me han arrojado los hombres; porque tu amor es mi vida; es el sol de mi existencia, y jamas olvidaré que en él encontré el bálsamo consolador de mis penas, y en tus ojos el cielo de mi felicidad.

—Amame, ámame siempre así, Leopoldo.

—Siempre, Clotilde. Yo te amo, y te amaré como un corazon fiel que sabe sentir las delicias del amor verdadero; que comprende todo el valor de tu ternura, de tu virtud y de tu amor: como me amo á mí mismo, porque eres mia, y tu corazon está identificado con el mio. Sí; y este amor será tan firme y duradero como las leyes de la creacion, puesto que mi ley es amarte, y

la tuya se cifra en la correspondencia de tu amor.

—¡Ah, querido Leopoldo...! ¿Por qué Dios habrá presentado obstáculos á la realizacion de nuestra felicidad. . . .!

Exclamó Clotilde con acento triste y conmovido.

—Para probar los quilates de nuestra passion: todos los caminos que conducen á la ventura, tanto celestial como terrena, están sembrados de ásperos abrojos; quien está dotado de virtud y de fuerza no desmaya jamas; marcha con la fé en el corazon, que le sirve de luz y de guía hácia el fin de su jornada, y al terminar la senda estrecha de los padecimientos, encuentra el ancho vergel de imperecederos goces que le recompensá con usura sus pasados desvelos.

—Así debe ser sin duda.

—Y esos obstáculos que hasta hoy se han interpuesto entre nosotros, van á desaparecer muy en breve.

—¿Ló crees tú así?

—Estoy seguro de ello.

—¡Cómo!

—Hay un hombre que conoce la inocencia, la intachable conducta de mi padre, tan vilmente calumniado; del ser cuya memoria jamás se aparta de la mía, y que murió al peso de una acusación infame que no pudo soportar.

—¿Y ese hombre?

—Lo ví ayer: está aquí, y me ha prometido revelarme secretos importantes que aproxime las distancias que nos separan.

—Me inundas de alegría el corazón con tus palabras. Pero ¿conoces tú á ese hombre?

—Es un mendigo que me habló en el atrio de la iglesia, poco antes de que tú salieras de misa.

—¿Un mendigo...!—exclamó Clotilde, viendo desaparecer la esperanza que había concebido.—¿Y tú das crédito á las palabras de un mendigo, que tal vez te habrá halagado para alcanzar por ese medio una crecida limosna?

—No, Clotilde: el mendigo de quien yo te hablo no puede ser una persona vulgar: sus facciones finas, sus modales urbanos,

que se hacían más notables bajo los sucios harapos que le envolvían, su oportunidad y claro talento para improvisar una cuarteta bastante bien construida, todo me hace creer que ese desgraciado es depositario de grandes secretos que me importa conocer.

—Dios lo quiera.

—Pero en medio de estas esperanzas y de la confianza que tengo en la invariable firmeza de tu voluntad, un pensamiento viene á acibarar mi ventura.

—¿Cuál?

—Anoche no asististe al baile.—El brazo de Clotilde tembló en el de Leopoldo; éste notó aquel estremecimiento que heló su corazón, y continuó:—¿Podré escuchar de tus labios la causa que existió para ello?

—Voy á decírtela; pero antes júrame que me crees invariable.

—Lo juro.

—Pues bien....

Clotilde se vió interrumpida por un nuevo personaje, que en aquel momento se reunía á ellos.

Había ido al Cabrío después de la salida

de la alegre concurrencia, y corrió al punto á encontrar á los que la formaban.

Clotilde enmudeció, y en el rostro de Leopoldo se dejó ver un signo de impaciencia.

El personaje que acababa de llegar era Duval.

Sospechó que su rival asistiese al lado de su amada antes de acudir á la cita de D. Emilio, y no quiso dejarle disponer de aquellos momentos favorables.

—Veo á vdes. muy retirados del resto de la concurrencia.—Dijo despues de saludar á Clotilde con afectada galantería.—Ya se vé! irán vdes. contemplando la exuberante naturaleza: los artistas—añadió con sonrisa maligna—la saben revestir de tantos hechizos, que el señor D. Leopoldo le irá á vd. explicando tal vez las propiedades de cada lindo objeto que se presenta á la vista.

—Precisamente le iba haciendo una explicacion circunstanciada de lo que á la señorita mas le llamaba la atencion.

Contestó Leopoldo con acento significativo.

Duval se mordió los labios, y fingió no haber entendido la intencion de su rival.

—Y como la señorita Clotilde—respondió con malicia—es tan aficionada á las flores....

—Sí, es cierto: me gustan mucho las flores.

—¿Sí?—Repuso Leopoldo dirijiéndose á cojer una y presentándosela.—Pues aquí tengo el placer de presentarle á vd. este narciso, que espero será del agrado de vd.

—Muchísimo: lo acepto con sumo gusto.

Duval malició que aquella flor era un fiel intérprete de los sentimientos de los dos amantes; pero como no podia asegurarlo ni comprendia el idioma de las flores, tuvo que devorar en silencio la rabia que le consumia.

El se habia acercado para impedir una conversacion amorosa, y temió que, á pesar de su presencia, no consiguiera su objeto.

Y así era en efecto.

La naturaleza es el libro de la inteligencia: el libro inagotable de los amantes: y Clotilde y Leopoldo que habian estudiado

en él, y conocian las propiedades de todos los objetos de la creacion, acababan de hablarse sin ser comprendidos de aquel que de tan cerca les vigilaba.

En aquel narciso le acababa de decir Leopoldo á su amada estas dulces palabras que tan bien suenan en el oido del amante: "*soy tu esclavo.*"

La jóven oprimió el brazo contra su corazon, y contestó mostrándole un anillo que llevaba al dedo.

—Quisiera hacer un ramillete que contuviese los colores de esta sortija. ¿Encontraremos flores de estos matices?

—Aquí hay—dijo Leopoldo observando el anillo—rubí, diamante, *turquesa, esmeralda y coral.*

—Tal vez el señor D. Leopoldo sabrá....

Contestó Duval, como escusándose, para no verse obligado á separarse de Clotilde, que es lo que él creía que trataban de hacer, y ver si lograba que su rival tomase á su cargo hacer el ramillete.

—Precisamente á él me dirija.

Repuso Clotilde con celestial sonrisa.

Leopoldo vió pagados con usura los inauditos tormentos que le causaba la vista de Duval.

En aquella sortija habia leído este dulcísimo concepto: "*te adoro, y te prometo que me casaré contigo y que seré fiel esposa.*"

¿Qué mas podia desear....? ¿Qué le importaba que le disputasen la mano de su amada, si ella le juraba no pertenecer á otro sino á él?... Henchido de placer con estas consoladoras reflexiones, contestó:

—Me afanaré por alcanzar el placer de encontrar lo que vd. desea.

Y continuaron andando por entre flores y delicadas frutas.

Duval esperaba con impaciencia el momento en que Leopoldo se desprendiese de Clotilde para ir á formar el ramo que le habia ofrecido.

Pero los dos amantes eran tan felices, que en todo pensaban menos en satisfacer el deseo de Duval.

La indicacion de una flor, el nombre de un color, la presencia de un árbol frutal, la

mas imperceptible planta, todo tenia para ellos un idioma celestial.

El alma de ambos, confundida en una sola, contemplaba el bello panorama de la naturaleza, bebiendo en cada objeto una existencia de felicidad, un reguero de luz celestial en cada rayo de sol.

Cada suspiro que exhalaba la brisa bañando leda las pintadas flores, era un canto armonioso de misterioso amor; cada gota de rocío temblando en las delicadas hojas de una brillante rosa, un poema de rima angélico y de mirífica armonía.

Embebecidos en su felicidad marchaban sin cuidarse de Duval á quien devoraban la ira y los zelos, cuando vieron que las lindas parejas que iban por delante daban vuelta hácia donde ellos estaban.

—Señores; ya es hora de almorzar:—dijo el que habia hecho la proposicion de permanecer en el Cabrío;—dirijámonos, pues, si á vdes. les parece, hácia la campestre casita.

Todo el mundo obedeció en el acto aquella órden que convidaba á satisfacer el exi-

gente apetito que se habia despertado con el largo paseo.

—¡Hola, señor Duval! ¿vd. por aquí?

Exclamaron varios al verle.

—Sí señores: ha sido una casualidad, que ahora bendigo, porque me proporciona la dicha de estar en la apreciable compañía de vdes.

—Pues almorzará vd. con nosotros.

—Con mucho gusto.

Pocos momentos despues las hermosas y hechiceras jóvenes, se sentaban al rededor de una mesa graciosamente adornada.

Los caballeros, colocados de pié y á su espalda, pidieron licencia para hacerlo.

Obtenida ésta por una inclinacion afirmativa de las señoras, se sentaron dando la derecha á la jóven á quien pidieron la licencia, indicándoles con aquello este concepto: "*Deseo servirla si me lo permite vd.*"

Cada amable señorita admitió con otra inclinacion de cabeza la galantería, y desde entonces se dió principio al deseado almuerzo.

Desde aquel momento los finos mexica-

nos tuvieron buen cuidado de dirigir todos sus obsequios á la señora que le admitió á su lado, pues sabian muy bien que distraerse en su servicio y obsequiar frecuentemente á las demas, descuidando á su compañera, es emblema de grosería y de abandonada educacion.

Leopoldo que se habia colocado á la izquierda de la encantadora Clotilde, y que no podia dirigirle ninguna palabra de amor, porque á la derecha de ella, y con pretexto de servir á otra jóven, se habia sentado Duval, tomó con el tenedor dos ricas aceitunas, y se las dió con galante cortesanía, indicándole con este obsequio el concepto siguiente: "*yo te amo.*"

Clotilde cogió el tenedor, tomó una aceituna, y devolvió el tenedor con la otra á su atento compañero, respondiéndole con aquella accion, que solo ellos comprendian, "*y yo tambien te amo.*"

Duval estaba muy lejos de pensar que en un obsequio tan sencillo pudiera encerrarse una protesta contra sus proyectos de felicidad.

Tenia un carácter demasiado imperioso y violento para haber podido tolerar de otra manera que se le disputase el amor de la mujer, sobre la cual creia que le asistían sobrados derechos con la palabra de D. Emilio, para no haberle exigido una seria satisfaccion.

El doctor se habia colocado enfrente de la hermosa Luz, para dirigirle á todas horas miradas de amor que jamas encontraban correspondencia.

Leopoldo estaba inquieto: el señor Landenta le esperaba, y el almuerzo se prolongaba demasiado.

Por fin se sirvieron las frutas. Ricos y elegantes fruteros de porcelana de China ostentaban las mas delicadas de los diversos climas de México.

Leopoldo, queriendo manifestar á su amada la determinacion que habia tomado de atropellarlo todo antes de permitir que otro le robase la felicidad de su vida, sirvió á Clotilde una manzana, una ciruela y un hermoso melocoton. En la primera le de-



claraba ser *la mas hermosa de las mujeres*, aludiendo al juicio de Páris que declaró por este medio ser Vénus la mas bella en la famosa competencia con Juno y con Minerva: en la segunda este concepto: "*me consume la desgracia;*" y en el tercero: "*mi amor es infinito y lo atropella todo.*"

Clotilde le dirigió una mirada tierna que envolvía los mismos sentimientos.

—¿No tiene vd. la bondad de darme una pieza de fruta, encantadora Clotilde?

Le dijo Duval que tenia algo distante de sí el frutero.

Leopoldo oyó la impertinente súplica, y fijó los ojos para ver qué fruta le servía.

La jóven comprendió lo que pasaba en el corazon de su amante: conocia los temores que le asaltaban de perderla; la desconfianza natural de todo el que de veras ama, y cogió una manzana que dirigió á Duval.

En el semblante de Leopoldo se pintó la satisfaccion de un completo triunfo.

Y en efecto, tenia razon para considerarse vencedor.

La manzana, servida por una jóven á un

hombre, entrañaba este concepto: "*no os volvais á acordar de mí, olvidadme.*" Contrario en todo, como se ve, al que expresa dada por un hombre á una hermosa.

El jóven pintor, era pues, feliz. Contaba con la firmeza de su amada para combatir por mucho tiempo, y con buen éxito contra su rival: abrigaba la consoladora esperanza de destruir dentro de pocos dias la calumnia levantada contra el hombre que le dió la vida, y que era el único obstáculo que se habia presentado desde un principio al logro de sus deseos. La promesa del mendigo le anunciaba que iba á desaparecer la negra tempestad ante el sol de la verdad, y á brillar el cielo limpio, sereno y sin nubes para él.

Leopoldo soñaba como sueñan todos los amantes, y su fecunda imaginacion volaba por los espacios imaginarios de la felicidad cuyos horizontes no tienen término.

Un jóven se presentó en aquel momento en el comedor: iba en traje de caza y llevaba una excelente escopeta vizcaina ricamente cincelada.

Leopoldo no advirtió su llegada: tan extasiado le tenían sus risueños pensamientos.

—¿Se va de caza, querido Félix?

Le preguntó uno de los de la mesa.

—Voy á ver si encuentro algo que cazar: hoy es día de mi principal, D. Felipe Flan, y puesto que está cerrado el almacén, voy á ver si mato algo.

—Estoy seguro de que eso lo conseguirás, aunque no sea mas que el tiempo. ¿Y qué noticias corren por allá abajo?

—Ningunas, excepto la que sin duda sabrán vdes. ya, que tuvo lugar anoche en uno de los barrios mas retirados del pueblo.

—Nada sabemos.

—Pues hubo algunos balazos en una casa, disparados sobre uno que habia llegado á escalar la azotea.

—¿Cáspita! . . . ¿Y quién fué el asaltante?

—Un vagamundo: el mendigo improvisador.

Aquel nombre despertó de sus deliciosos sueños á Leopoldo que prestó oído atento á la conversacion.

—¿Y le cogieron?

—No; pero le dieron un balazo que servirá de escarmiento á otros malhechores.

Leopoldo hizo un movimiento involuntario, y palideció.

—Pues qué, ¿le mataron?

—Le llevaron herido, y no sé si habrá muerto ya.

—Pícaro menos.

—Lo que hay que lamentar es, que uno de los tiros fué á dar á otra persona que casualmente pasaba por la calle en aquel momento.

—¿Y qué persona era esa?

—Don Diego Rondal.

—¿El esposo de Elisa, la hermosa española?

El doctor fijó la atención en lo que hablaban.

—Sí, mi vecino.

—¿Pero qué iba á hacer por allí á esas horas?

—Había perdido al juego cuanto llevaba, y para distraerse sin duda fué á pasearse por allí.

—¡Pobre Elisa...!—dijo una de las señoras—¡cuán desgraciada es la infeliz...! Siempre sola y triste, cuidando de sus tiernas criaturas, rogando por su esposo, mientras él no se ocupa de otra cosa que de perder en el juego cuanto adquiere.

—Es ciertamente digna de compasion:—contestó Félix—porque es una mujer en extremo recomendable.

El almuerzo terminó y todos se levantaron de la mesa.

Leopoldo tenía el corazón oprimido: la estrella de su esperanza que se le había presentado brillante en medio de las tinieblas, empezaba á eclipsarse otra vez.

Abatido con el peso del dolor, se despidió de la concurrencia prestando ocupacion, y luego, dirijiéndose á Clotilde, le dijo en voz baja.

—Si ese hombre ha muerto, los obstáculos que creía vencidos se presentan de nuevo: él era mi esperanza: su secreto iba á de volverme la amistad de tu enojado padre; pero sean cuales fueren los escollos que se

presenten, yo lucharé con la suerte, y venceré. Adios.

Y Leopoldo se alejó triste y pesaroso, dejando á Clotilde entregada á la mas profunda melancolía.

CAPITULO VII